

# La banca boliviana: un oligopolio en acción

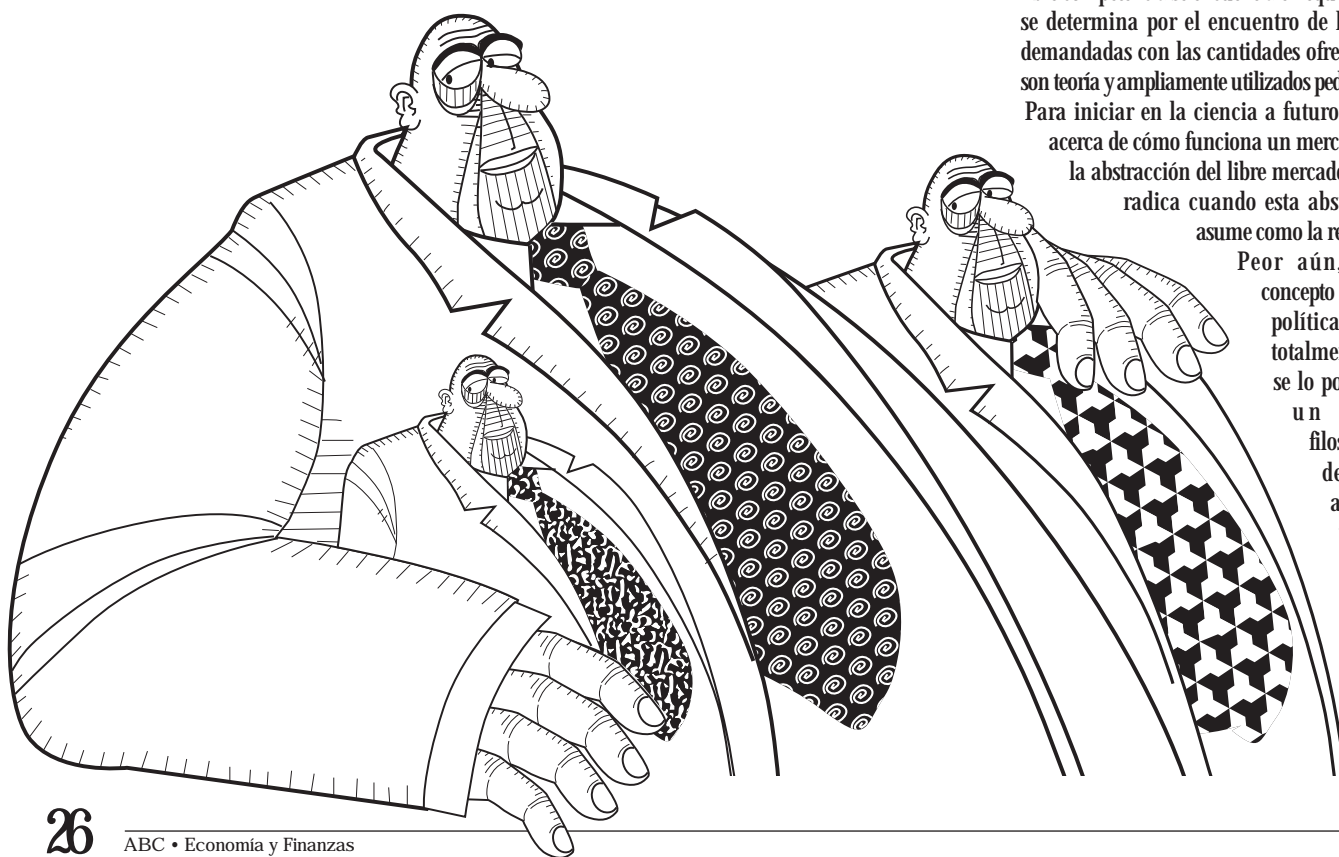
*Las empresas, financieras y no financieras, productoras de bienes o servicios, siempre buscan ejercer alguna forma de poder de mercado. Por lo general son exitosas en el intento y, por lo tanto, logran obtener precios superiores a los que alcanzarían si el equilibrio propio de un mercado de libre competencia prevaleciese. Para gozar de ese poder, las empresas consiguen ejercer hegemonía en la opinión pública con una publicidad que no dice toda la verdad o la distorsiona, alcanzan acuerdos explícitos o tácitos entre ellas para seguir similares pautas de comportamiento que definen cuánto cobrar.*

Alberto Bonadona Cossio

Las tasas de interés que las entidades financieras, (bancarias y no bancarias) bolivianas aplican a los préstamos que otorgan, son excesivamente altas. Con la excepción de las tasas que se cobran entre ellos, las fijadas a los demás créditos son elevadas en comparación a las de otros países. Los créditos en dólares de la banca cargan una tasa de interés real cercana al 17%, los Fondos Financieros Privados lo hacen con una tasa promedio ponderada efectiva en dólares del 32%. Ambas son altas con relación al equilibrio del mercado de libre competencia que supuestamente, rige en esta industria.

El precio que se cobra por los créditos es la tasa de interés activa. En economía, cuando un mercado de libre competencia se encuentra en equilibrio, el precio se determina por el encuentro de las cantidades demandadas con las cantidades ofrecidas de texto, son teoría y ampliamente utilizados pedagógicamente. Para iniciar en la ciencia a futuros economistas acerca de cómo funciona un mercado se parte de la abstracción del libre mercado. El problema radica cuando esta abstracción se la asume como la realidad misma.

Peor aún, cuando el concepto llega a inspirar políticas económicas totalmente ilusorias o se lo posesiona como un principio filosófico portador de una verdad absoluta, por tanto irrefutable.



Esta rígida concepción ha inspirado la Ley de Bancos y Entidades Financieras y se considera que contribuyó a consolidar la liberación financiera y la no intervención del Estado en la fijación de las tasas de interés, "dejando que sean las fuerzas del mercado las que establezcan las mismas".

En la realidad las empresas, financieras y no financieras, productoras de bienes o servicios, siempre buscan ejercer alguna forma de poder de mercado. Por lo general con exitosas en el intento y, por lo tanto, logran obtener precios superiores a los que alcanzarían si el equilibrio propio de un mercado de libre competencia prevaleciese. Para gozar de ese poder, las empresas consiguen ejercer hegemonía en la opinión pública con una publicidad que no dice toda la verdad o la distorsiona, alcanzan acuerdos explícitos o tácitos entre ellas para seguir similares pautas de comportamiento que definen cuánto cobrar. Asimismo, otorgan información parcial de sus productos ocultando algunas consecuencias del uso de los productos o servicios que venden. En el caso de la banca se aseguran de los posibles riesgos de insolvencia de sus clientes con pólizas que les otorgan mayor protección a los bancos que a los clientes.

Un supuesto fundamental del libre mercado es que este naturalmente propicia comportamientos que garantizan el máximo beneficio para todos los que participan en él mediante la realización de transacciones o contratos. Una conducta que atenta contra el beneficio de otro introduce imperfecciones en ese mercado. Compradores y vendedores deben tener libre y total acceso a la información disponible para realizar la transacción en los mejores términos para las dos partes. Si uno se aprovecha en la ignorancia del otro, atenta contra el beneficio de este último. En economía no prevalece el principio jurídico de no poder aducir ignorancia de la ley. En economía el engaño es consecuencia de una posición privilegiada que facilita el manipuleo de una información que proporciona un mayor beneficio a una parte y perjudica a la otra. Esto puede ser aplicable tanto al comprador como al vendedor. Claramente, los vendedores de productos y servicios tienen mayores posibilidades de disponer de información que privilegie sus intereses.

Los acuerdos a que llegan las empresas al interior de una industria se denominan colusión. De acuerdo a la Real Academia Española, colusión es el acto de coludir, coludir es pactar en daño de tercero. Tengo la impresión que existe colusión en la industria financiera de Bolivia. Hace que los banqueros y otras entidades financieras cobren, dentro de sus respectivos ramos, más o menos lo mismo. Si la libre competencia prevaleciera, las tasas de interés deberían bajar, más aún, en plena crisis económica y crediticia.

Frente a estos hechos, el Estado debe imponer una tasa de interés más baja o al menos imponer un techo, por ejemplo 12% como tasa máxima. ¿Cómo es posible que la tasa internacional, la Libor, por

ejemplo, se encuentre alrededor del 4%, y la banca aplique tasas del 17% y el microcrédito del 32%?. Quiere decir que, en este orden de cosas, algo anda mal en las entidades financieras y en la Superintendencia de éstas. Un techo a las tasas de interés induciría a lograr una banca mucho más eficiente.

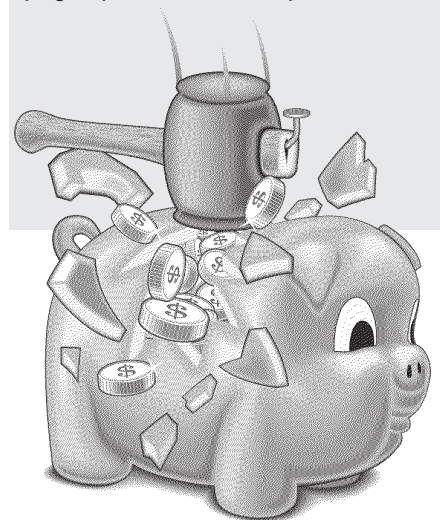
El amor a que refiere el Dr. Juan Antonio Morales (Nueva Economía 20-26,08,01) es exclusivo de los ahorristas que cobran las tasas pasivas, y responde más al riesgo irresponsable que asumen los banqueros que a la eficiencia que imprimen a sus negocios. Es fácil trabajar con dineros ajenos atraídos por una relativa elevada tasa pasiva, casi duplicarla con el "spread", vivir por siempre felices, más aún cuando existía el respaldo incondicional del Estado para cubrir cualquier desfaldo. Muchos sectores en Bolivia han vivido invitados por el Estado y sus injustas leyes al festín del engaño y del riesgo moral impune. Todavía estas condiciones predominan en más de una institución, empresa y en muchas leyes.

Es imposible que los deudores de la banca hayan podido alguna vez haberse enamorado de las tasas que pagan por los créditos que obtienen. Otra cosa es que odiando los elevados intereses que tienen que pagar, no les queda otra que convivir con ellos. Es una situación que se aproxima más a la del ciudadano que vive en un régimen dictatorial y su rebelión individual le puede costar la desaparición, o a la del arrendatario que acepta las condiciones de un terrateniente que posee toda la tierra, o al prestatario que no tiene otro recurso para obtener dinero que dirigirse a su "banco amigo", aunque su nivel de vida se vea amenazado por la alta obligación que acepta en un mercado coludido.

Las superintendencias, en general, tienen la obligación de establecer condiciones al interior de mercados imperfectos (como es el de la banca) que los conduzca a resultados equivalentes a los que se obtendrían si en ellos prevaleciera la competencia del libre mercado. En la industria telefónica se introducen precios tope ajustables hacia abajo para obligar a las empresas a que busquen mayor eficiencia en el uso de sus factores. Gracias a la productividad así alcanzada, no renuncian a sus utilidades pero bajan costos que también deben traducirse en reducción de los precios cobrados al consumidor. No me digan que un mecanismo equivalente no puede ser introducido en la banca, salvo que sean banqueros ya acostumbrados a la vida fácil y feliz del pasado, que controlen al superintendente.

Por otro lado, no existe el flujo de información que automáticamente debería emitirse desde esas instituciones hacia los usuarios del crédito. No se testimonia una actitud de transparencia que presente al prestatario, grande o pequeño, todo lo que este debe saber para encarar racionalmente el préstamo asumido o qué ocurrirá en caso de mora, insolvencia o, incluso, muerte. Estos casos previstos en las pólizas

*Es imposible que los deudores de la banca hayan podido alguna vez haberse enamorado de las tasas que pagan por los créditos que obtienen.*



de seguros de desgravamen, curiosamente no se entregan obligatoriamente a los prestatarios. Aunque si se entregasen, la información recibida ampliará muy poco las improbables contingencias aseguradas, como es la que un avión caiga en la propiedad hipotecada.

Se debe reconocer que en Bolivia no tenemos una cultura financiera desarrollada. El desconocimiento en el campo bursátil es extremo, en la banca apenas se empieza a superar. La responsabilidad de educar, informar, regular, fiscalizar, y controlar, que las superintendencias financieras tienen en esta área, como también la tienen las entidades que conforman el sector financiero en general, no ha sido asumido a plenitud.

Estos aspectos no hablan bien de la regulación financiera en general, ni de la banca en particular. Es cierto que la Superintendencia de Bancos ha obtenido grandes logros en cuanto a la solidez de las instituciones bancarias y no bancarias bajo su jurisdicción. Si no hubiese sido así, con la actual crisis no sólo estaríamos lamentando los problemas de los sectores productivos sino también del sector financiero. Con relación a las tasas de interés existe un serio problema. Sus raíces se hunden en una larga trayectoria que ha conducido a los organismos financieros (bancarios y no bancarios) a un comportamiento rentista de "cosechar donde no se cultivó". El problema se hace carne con las condiciones que enfrentaron y enfrentan los microprestatarios. Este muestra la punta del iceberg. El incremento de la mora, que la banca en su conjunto ha sobre pasado el 22%, lo verifica dramáticamente ■